

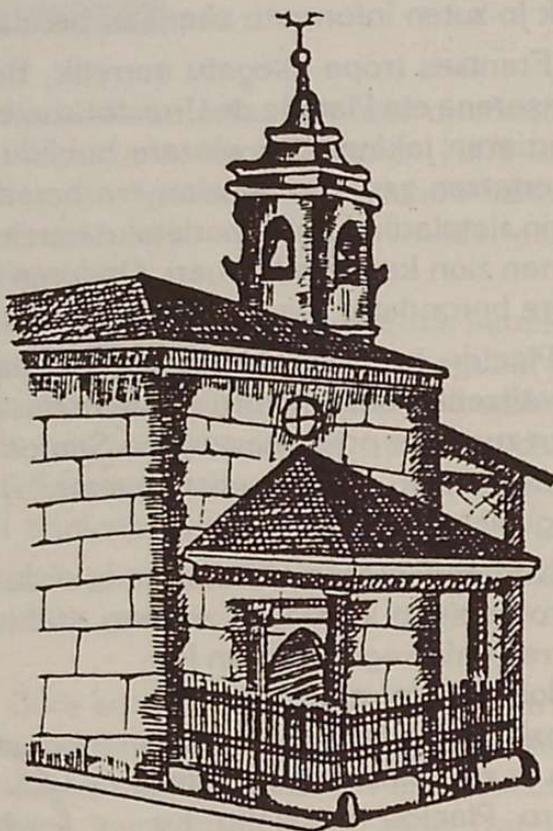
# LA UNIVERSIDAD DE LEZO

**E**s una dicha que el primer contacto que tenemos con Lezo lo hacemos teniendo la cordillera, que desde la boca del puerto de Pasajes, corre a lo largo de la costa hasta el cabo Higuer de Fuenterrabía, y la desembocadura del Bidasoa, y que recibe el nombre del monte Jaizquibel.

Desde Rentería se llega enseguida a la denominada Universidad de Lezo, lugar que a través de Fausto Arocena <sup>(1)</sup> sabemos: «Figura su nombre nada menos que en la concesión del Fuero de San Sebastián a Fuenterrabía en 1203. Sea por influencia de ese testimonio de tanta antigüedad, sea por la fuerza de la relativa homofonía, lo cierto es que se tiene a ese Lazón —Guillermo de— por una especie de padre de la patria y por dueño del solar de Lezo-Aundia de que el pueblo procede», según la referencia más antigua que se tiene de esta población, dando la vecindad a dicho Lazón y sus compañeros, por privilegio de términos concedidos por Alfonso VIII.

Lo primero que se percibe en la antigua Universidad —y es de suma importancia— es que la esencia de su pintoresca situación en un alto al pie de dicho Jaizquibel parece haber existido, con su perfume original, desde los tiempos más remotos. Lezo ha crecido y se ha modernizado, pero todavía sigue revelándonos aspectos de mucho carácter en las calles y casas de piedras sillares del pueblo, aunque lo más esencial de admirar sea la basílica de Lezo <sup>(2)</sup>, de una sola nave, con tres altares, donde en el mayor se venera el Santísimo Cristo. ¿Y cuál es su origen? Es incierto, pero la devoción a esta imagen está muy arraigada en el País.

Fundada por el obispo de Bayona, San León, la nueva fábrica de la basílica la construyó el notable arquitecto Pedro Zaldúa, de Asteasu, en el siglo XVII, con



(1) AROCENA, Fausto: *Diccionario biográfico vasco I. Guipúzcoa*. Editorial Auñamendi, San Sebastián, 1963, pp. 135 y 136.

(2) *Data la existencia del primitivo edificio, del siglo XV*; PIRALA, Angel: *Santuarios guipuzcoanos*. Madrid, 1895, p. 91.

limosnas; «es de piedra sillar, con el arco del coro y media naranja, y está defendido su atrio por una moderna verja de hierro», según lo dejó descrito Angel Pirala<sup>(3)</sup>, extrayendo la esencia de sus impresiones de su visita al lugar. «Es muy visitado el santuario, especialmente el 14 de Septiembre, día de la Cruz, que se celebra concurrida romería acudiendo romeros de la costa y del interior, y en la que, según se cuenta, decían las romeras el antiguo cantar:

«Santo Cristo de Lezo  
Tres cosas pido:  
Salud, dinero  
Y un buen marido».

A los pies del Cristo de madera esculpida, aflúan las gentes vasco francesas hacer sus devociones, el día de la Exaltación de Santa Cruz, el 14 de Septiembre, con cuyo motivo tenía la romería más popular, antigua y concurrida de todas las del país euskaro. La devoción a esta imagen de El Crucificado está muy arraigada en la provincia. Angel Pirala<sup>(4)</sup> nos dice: «Sea ó no prodigioso el origen de tan venerada imagen, ó sea obra del escultor guipuzcoano Felipe Arizmendi, quien tantas y buenas obras dejó en Guipúzcoa a fines del siglo XVII, es lo cierto que el Santísimo Cristo de Lezo ha ocupado preeminente lugar en la devoción de los vascongados; y á tal punto llegó ésta en el siglo XVIII, que al pasar por su altura los navíos de la armada, saludábanle con salvas de 21 cañonazos». Estas honras militares las tuvo el pueblo hasta fines del siglo XVIII<sup>(5)</sup>.

Angel Pirala escribe también<sup>(6)</sup> que, aunque no hay noticia alguna por la que pueda afirmarse con seguridad el origen de la sagrada imagen del Santísimo Cristo de Lezo, «la opinión más admitida y corriente es que fue encontrada tan milagrosa efigie por dos hermanas que a orillas del mar recogían algas y mariscos, y en sitio tal, que motivó reñida cuestión de pertenencia entre los vecinos de Pasajes y los de Lezo, que fue resuelta por la misma imagen, encontrada milagrosamente tres veces en el sitio que hoy ocupa el santuario».

Aunque no sea hoy la preferida de los vizcaínos, navarros y vasco-franceses, de la tierra de Labort, que en otros tiempos<sup>(7)</sup>, acudían como infinitos devotos, son los guipuzcoanos, afortunadamente, los que guardan la tradición vigorosa,

---

(3) PIRALA, Angel: *Guipúzcoa pintoresca. San Sebastián y sus cercanías. Madrid, 1894, p. 44.*

(4) *Ibidem.* **Santuarios guipuzcoanos. Madrid, 1895, p. 96.**

(5) LANCIS, Lamberto: *Guía general de Guipúzcoa. Histórico-Geográfico-Descriptiva, Comercial é Industrial. San Sebastián, 1896, p. 169.*

(6) *Santuarios guipuzcoanos. Madrid, 1895, pp. 94 y 95.*

(7) MANTEROLA, José: *Guía-Manual geográfico-descriptivo de la Provincia de Guipúzcoa, ... San Sebastián, 1871, p. 41.*

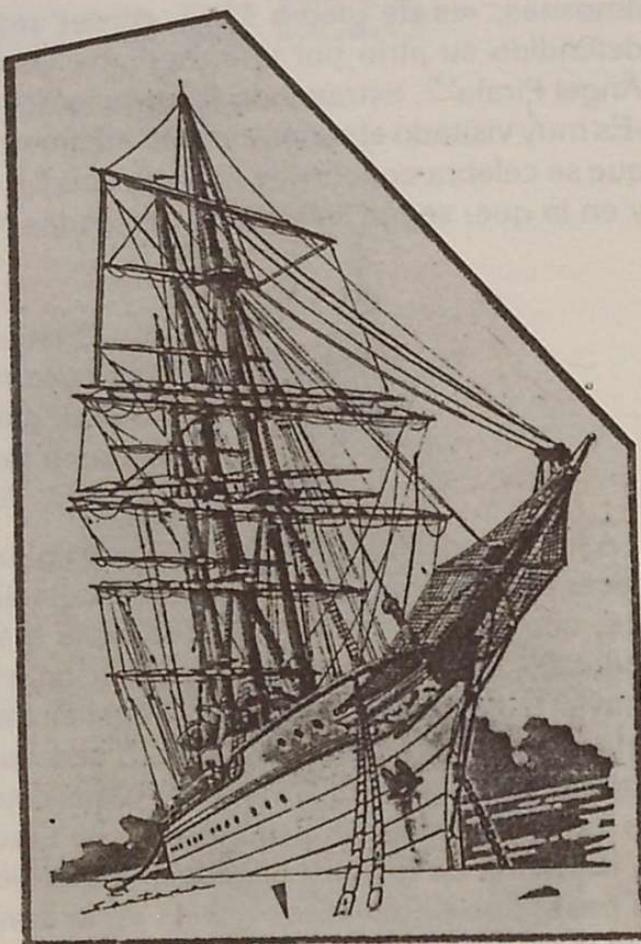
ya que es el mismo símbolo vivo de la naturaleza de la provincia, constituido también en una parte necesaria para su continuación.

Esta sigue constituyendo una especie de fuerte entre el pasado y el futuro con flora más similar a la de éste que a la de aquél, con el paisaje risueño y primoroso que admira y conmueve el espíritu del observador; y la notabilidad de algunos de los templos que se encuentran en el casco urbano, como la iglesia parroquial de San Juan Bautista construida en el siglo XV, de estilo gótico, y posteriormente reformada en el siglo XVI. Destacan sus contrafuertes en el exterior, mientras que en el interior sobresale el retablo mayor de cuatro frisos, que no carecen de carácter.

Hasta su separación en 1557, la parroquia de Lezo era común a la de Pasajes y no tuvo derecho de patronato en la presentación de Beneficios eclesiásticos y en su administración. «En 1542 era centenaria la costumbre del Pasaje de ocuparse de la administración de la Iglesia de Lezo...»<sup>(8)</sup>

Y dentro del carácter general, ¡cuanta variedad! Por el lado del mar, un panorama extensivo, en el que se aprecia la boca del puerto de Pasajes, por Poniente; y confinando por Oriente está Fuenterrabía; por el Sur está Rentería y algo más distante el hermoso valle de Oyarzun, tan adornado con labores campestres, tan primoroso por los dibujos varios que ofrecen sus terrenos. Y por el Norte el ya citado monte Jaizquibel, con la carretera antes de llegar a Pasajes de San Juan, que en un principio es pendiente y bastante irregular, cruzándose una vegetación y por el camino algunos caseríos, y faldeando luego se descubre una pronunciada curva sobre el flanco de la montaña, entre riscos y hierbas cálidas que brotan de un suelo que participa de la naturaleza del agua.

Por nuestro pueblo de Lezo que en su centro urbano se compone de tres calles principales con su casa concejil situada en la plaza, le circunda la existencia de esas líneas que limitan la superficie terrestre a que alcanza la vista, en la cual hay infinidad de cuadros que admirar, lo mismo abarcando una extensión considerable que fijándose en una reducida porción. Nada de cuanto nos ofrece la naturaleza es despreciable, y todo es capaz de atraer la atención ante un



---

(8) ITURRIOZ TELLERIA, Fermín: *Pasajes. Resumen histórico*, San Sebastián, 1952.

paisaje que participa de la luz de un cielo no azul, sino de color gris, a menudo encapotado y distinto que no se atormenta por una necesidad de humedad lo cual es garantía de equilibrio y de salud. Que no hay tierra fructifera si no contiene en su interior siquiera unos cuantos gérmenes robustos y activos de oposición a sus caracteres mayoritarios.

Piénsese que de un «pequeño rincón» de esa Guipúzcoa húmeda nacia el propio Lezo y que, siglos después de su existencia, de ella han procedido no pocos ilustres linajes que debían <sup>(9)</sup>, como los de Martínez de Isasti, Gainza, Ugarte, Villaviciosa, Zamora, Salaverría, por no citar más, contribuir de modo eminente a fijar los rasgos de la patria chica.

Así, pues, con nombre propio de varón que han llevado en Lezo numerosos per sonajes célebres en la historia, por diferentes conceptos, cabe destacar, en tre otros, al Dr. Francisco de Gainza, rector de la parroquia de Irún, y autor de la **Historia de la Universidad de Irún-Uranzu, Pamplona, 1738**; a Juan L. Martínez de Isasti, Comisario de la fábrica de galeones del general Urquiola; a los hermanos Martínez de Isasti (Onofre, Caballero de San tiago) y Don Lope, beneficiado de Lezo a mediados del siglo XVII, que en 1625 escribió el **Compendio Historial de la MN. Y ML. Provincia de Guipúzcoa**, impreso en San Sebastián por Baroja en 1850 <sup>(10)</sup>. Ambos hermanos dieron principio a la obra de la nueva Basílica, «y el pueblo la ha continuado con mucho fervor, y ha costado 5.300 ducados; toda la piedra sillería muy bien labrada, con sacristía, coro y enfermería, también de piedra, que se halla cerca, y gradas de mármol negro; y la torre, que está comenzada, se acabará habiendo comodidad<sup>(11)</sup>.

Y Lezo que, sobre el verdor eterno de su horizonte dilatado, se orientó en lo antiguo a la vida marítima, construyendo gran número de galeones en sus famosos astilleros con los que llegó alcanzar importancia por su comercio de gran tonelaje, tuvo en su destino que ver disminuida esta plenitud, no pudiendo conservar en su bahía más que las lanchas de pesca<sup>(12)</sup>, algunos terrenos de labradio, un sol clemente que se dulcificaba con pantallas de nu bes, y los caseríos surgidos, aquí y allá, y que en 1865<sup>(13)</sup> eran: Abendaño, Agaramonte, Altamira, Alzate, Apaiciarza, Ardalacunza-bea, Ar dalacunza-goya, Arreche-néa, Arriandía, Arrion, Barunga-chiqui, Becoerrrota, Borda, Borda-berri, Bordacho, Bordacho-choco, Burnitenéa, Cabite-bea, Cabite-goya, Caserna, Costaburu, Chachamendi, Darieta-berri, Darieta-zar, Echeberri, Eguzquibizcar,

---

(9) Nos habla de ellos Lope Martínez de Isasti: **Compendio historial de la MN. y ML. Provincia de Guipúzcoa**, impreso en San Sebastián por Ignacio Ramón Baroja, 1850.

(10) AROCENA, Fausto: **Diccionario cit.**, pp. 88, 118 y 119.

(11) PIRALA, Angel: **Santuarios guipuzcoanos**. Madrid, 1895, p. 92.

(12) MERCIER, Th: **Guía-album del viajero en la Provincia de Guipúzcoa**, San Sebastián, 1867, p. 41.

(13) **Nomenclator de la Pronvincia de Guipúzcoa del año 1865**.

Elortegui, Epeinza, Errecalde, Erricoechéa, Ferre néa, Gabiria o Gaviria, Gain-tza, Granada, Iparraguirre, Iriartenéa, Iribarren, Iturralde, Iturrin, Itzuebéa, Itzuerdiya, Itzugoya, Juamartindegui, Juantonéa, Larralde, Lopenéa, Lorbide, Maincinéa, Martizconéa, Marruconéa, Matejonéa, Mendeval, Mincura, Miura, Muncho, Olaizola, Olazar, Pachilla-borda, Peliar, Sarasti, Sasi-aundia, Torrojl, Urdalarmarta, Urunéa, Urruleco, Yurzun, Zapata-zar- Zapata-zar-buru, Zaroizar y Zaroizar-burúa.

En 1896 era párroco Rafael María Zabala y como coadjutores estaban Miguel Antonio Garicano y Eusebio Pildain. Y había en Lezo siete tratantes de sidra; a saber: Viuda de Miguel Garbizu, Claudio Regino Guezala, Francisco Isasa, Juan Irazusta, Francisco Salaverria y Francisca Yurramendi<sup>(14)</sup>.

Separado el lugar de la dependencia de Fuenterrabia, tenían esas casas campesinas, agricultura y ayuntamiento con arreglo a la ley general del reino y mil cincuenta y tres habitaciones, según el censo de 1885, que les reunía en ese campo con sus patriarcales costumbres, su austera armonía y con todo el mundo que acudía a la más concurrida de todas las romerías de Guipúzcoa que era la del Santo Cristo<sup>(15)</sup>. «El día 14 de setiembre se ve ir la gente en diferentes direcciones hacia el templo del Santo Cristo, que diez veces mas grande que fuera no daría cabida a la vez a tanta afluencia. Cúmplase por fin la promesa; se terminan las funciones religiosas, y el des censo de aquella más principia en su mayor parte en direcciones a los más inmediatos pueblos de Rentería y Pasajes, para reforzar, ante todo sus ya de bilitados estómagos que a tanto número en solo el pueblo de Lezo no fuera po sible satisfacer...».-

El manto verde del monte resguardaba a la población de los vientos del N.E. y en su solar el año de 1896<sup>(16)</sup> su industria se reducía a una fábrica de tejas y ladrillos «La Mercedes», a una mina de azufre «La Esperanza» y a la carpintería mecánica «La Madera». Otros carpinteros eran: Eladio Arreche, Juan José Picabea, Manuel Sarasola y Juan José Salaverria, hombre que conservaba el carácter de su raza y su lengua y que se distinguía especialmente por el amor y apego a las tradiciones del país; originario del solar de su apellido, con hidalguía aprobada en Fuenterrabia el año 1788<sup>(17)</sup>, era uno de los doce hermanos que componían la familia Sala verria y Aguirre y de su enlace matrimonial con doña María Josefa de Inchaurrendieta e Isasa tuvo tres hijas y cuatro hijos entre los que se había de en contrar Elías Salaverria Inchaurrendieta que vió la primera luz en el mismo Lezo, el día 16 de abril de 1883, entre cuyo pueblo

---

(14) LANCIS, Lamberto: *Guía General de Guipúzcoa cit.*, p. 169 *Guipúzcoa, precedida de la guía descriptiva y plano de la misma. Madrid, 1864, pp. 17 y 18.*

(15) *Guipúzcoa, precedida de la guía descriptiva y plano de la misma. Madrid, 1864, 17 eta 18 or.*

(16) LANCIS, Lamberto: *Guía General de Guipúzcoa cit.*, p. 169.

(17) *Archivo del Ayuntamiento de Fuenterrabia. Año 1788, Sección E, Negociado 8º, Serie III, Libro 36, Expediente 2.*



y Madrid pasó toda su vida, entregado afanosamente al arte como pintor que cultivó casi todos los géneros, sobresaliendo en los retratos y en los asuntos religiosos; fue uno de los principales artistas de Guipúzcoa en su tiempo, y no tuvo ni dejó discípulos.

Artista de verdad, como había de demostrarlo con el color y la línea, tuvo también facultades para favorecer a los suyos; sano y fiel a su destino, obediendo, según las circunstancias, más que a razones de índole estética, a sentimientos de linaje, gracias a él, a sus consideraciones y detalles, la madre se permitía el lujo de veranear tomando las aguas de Cestona, y el padre las de Zuarzo de Cuartango. Se comprenderá por poderosas razones económicas el significado de aquellas atenciones en «una familia normal de aquellos tiempos de la primera mitad del siglo, sin problemas mayores, que —referido por el P. Inchaurrendieta— vivían con sus padres, en casa particular de su propiedad, sin ser deudores ni acreedores».

Viviendo en Madrid, siempre Elías Salaverría acudía a su hogar al abrigo de sus padres y hermanos y de su pueblo encontrando en común su propio carácter.

Fue el poético lugar de Lezo, en aquel santuario, marcado por su espíritu religioso que le venía de tradición popular, en donde por primera vez percibió por el instinto algo que quiso expresar, algo grande, que en sus escogidas cualidades le había de dar su razón de artista, llevando el genio de la raza y exaltando su personalidad.

JULIAN MARTINEZ RUIZ «Salaberría» (1990)